

YO, SHEREZ, REINA DE EGIPTO

PALOMA A. GONZÁLEZ LOCHÉ



La primera vida de personajes reencarnados se produce en Egipto.

Estamos en el reinado de El Justo, Faraón del Alto y Bajo Egipto. Cumpliendo una promesa a sus dioses nombra heredera a su hija, la Princesa Sherez, en perjuicio de su primogénito el Príncipe Utmosem, hijo de la primera esposa del Faraón. Enterada ésta, promueve grandes intrigas forzando la intervención del Consejo Sacerdotal para que ambos príncipes, hijos de distintas madres, contraigan matrimonio preservando así el derecho sucesorio a favor de su hijo. Sherez, hija de la tercera esposa del Faraón de origen persa, educada en el mazdeísmo, rechaza la unión matrimonial con su hermano Utmosem siendo inducida por su madre para desposar a Hmotet, educado por el Sumo Sacerdote para formar parte del Consejo Sacerdotal egipcio. Utmosem toma a Bet, una esclava, como concubina. El Sumo Sacerdote y el Faraón intervienen para retirar a Bet del primogénito. Viéndose rechazada y valiéndose de la madre de éste, implica a Sherez en un grave sacrilegio con el propósito de provocar su muerte. Hmotet, ayudado por otro sacerdote descubre sus propósitos frustrando sus planes. Espían a la madre del Príncipe y a Bet descubriendo una trama para asesinar a Sherez. Las luchas por el poder político, el amor, las intrigas, los asesinatos, tienen como resultado un largo exilio de la Reina y sus seguidores poco antes de la invasión persa al mando de Cambises.

A mi padre (in Memoriam) porque sé que al otro
lado del Nilo Subterráneo has tenido mucho que
ver en lo escrito.

CUADRO DE PERSONAJES

Primera Vida YO, SHEREZ, REINA DE EGIPTO

EL JUSTO: Faraón de Egipto.

SHF.REZ: Reina de Egipto.

UTMOSEM: Primogénito del Faraón.

ISOTET: Primera esposa del Faraón y madre de Utmosem.

ATHEN: Sumo Sacerdote egipcio. Hermano de Isotet.

SAQET: Sacerdote egipcio, muy amigo de Hmotet.

MENSER: Médico de la Corte.

KIRSET: Servidora de Sherez.

SHAMERIT: Sacerdotisa instructora de Sherez.

BET: Concubina de Utmosem.

HMOTET: Sacerdote egipcio hijo de Hpsut.

SHEREZ-MUT: Esposa del Faraón y madre de Sherez.

HPSUT: Nodriza de Sherez y madre de Hmotet.

Segunda Vida LA HISTORIA DE BRENEL

ARCHIDUQUE BELTRÁN: Protector de Brenel.

BRENEL: Gitana condenada a morir en la hoguera. Tiene cuatro hijos.

GARCÉS DE BENICARLÓ: Grandehombre de España. Muy influyente y poderoso.

ISABEL: Hija menor de Brenel adoptada por Garcés.

CONDE DE CASTELBET: Protector de la familia de Brenel.

PADRE RODRIGO: Jesuita protector de los gitanos.

PEDRO: Segundo hijo de Brenel.

BRENDA: Tercera hija de Brenel.

CONDESA DE CASTELBET: Protectora de Brenel y su familia.

Luis ALFONSO DE CASTELBEI: Hijo de los Condes.

JOSÉ: Primogénito de Brenel.

CONSTANZA: Anciana princesa extranjera, abuela del archiduque Beltrán.

JEFE DE ESCOLTA DE GARCÉS.

Tercera Vida LOS CINCO ANKS

EDUARDO SANZ: Padre de Javier.

ISABEL: Periodista que desentraña el misterio de David Labrús.

JAVIER: Reportero gráfico y amigo inseparable de Isabel.

MAR RODRÍGUEZ COHÉN: Sobrina de los Stein. Acusa a Labrús de inducción al suicidio de su hermana gemela.

SAMUEL STEIN: Egiptólogo e historiador judío.

ABDUL LATIF: Historiador y amigo de Isabel.

PEDRO ROBLES: Redactor jefe del periódico donde trabaja Isabel.

RACHEL COHÉN: Prima de Sarah Stein. Fallece en Dachau en la II Guerra Mundial.

ALIA LATIF: Para psicólogo, médium, casada con Abdul Latif y amiga íntima de Isabel.

ELISA RODRÍGUEZ COHÉN: Sobrina de los Stein. Se suicida tras una hipnosis.

DAVID LABRÚS: Presidente de Gobierno con un misterioso pasado.

YVETTE LACROIX: Psiquiatra que condujo la hipnosis.

SARAH COHÉN: Esposa de Samuel Stein.

INTRODUCCIÓN

Lo que voy a relatar tuvo lugar en Egipto, durante el reinado del último Faraón del periodo salta, a quien todos apodaron «*El Justo*», y los primeros años del reinado de su hija.

Ambos, hijo y nieta de *Amasis*, parecen haber sido ignorados por la Historia a pesar de que ocultos, en algún lugar de Egipto, existen cientos de papiros y objetos que hablan de su existencia. Yo lo sé porque conocí a ambos muy estrechamente. Soy *Hmotet*. Sacerdote egipcio.

Todo sucedió en los años que precedieron a la dominación persa al mando de Cambises, cuando los templos mantenían la vigorosa policromía de sus grabados y dibujos, y sus piedras monumentales, colosos y obeliscos no presentaban el desgaste corrosivo del paso del tiempo y el azote de las tormentas de arena.

Egipto vivió la amenaza de la dominación persa durante años. A punto de morir, *Amasis* convino el matrimonio de *El Justo* con una noble persa directamente emparentada con la realeza, para garantizar así la paz entre ambos reinos cuando su hijo fuese Faraón.

El Justo tomó a esta noble como tercera esposa, de cuya unión nació una hija a quien llamaron *Sherez*. La madre, intentando vencer la desconfianza del pueblo egipcio a su condición de extranjera originaria de un reino hostil, adoptó entonces el nombre de *Sherez-Mut*, o madre de *Sherez*.

Su presencia en la Corte egipcia no contó con el beneplácito de sus miembros, al considerarla una espía del reino

enemigo. Tal vez fuese ésta la razón primordial que tuvo el Faraón para dedicar mayor tiempo a su tercera esposa, temeroso de que este rechazo llegase a oídos de la Corte persa. Sherez-Mut lucía una esplendorosa cabellera rubia y ojos azules, tan inhabituales que desde el principio atrajeron poderosamente la atención del que iba a ser su esposo. Su singular belleza y la dulzura de su carácter lograron que lo que comenzó como un matrimonio de intereses políticos se transformase en una sólida unión que hizo de ella la esposa favorita del Faraón antes de un año.

Isotet era la primera esposa, y también la madre del primogénito llamado a ser Faraón de Egipto a la muerte de su padre, El Justo. Desde el primer momento vio en Sherez-Mut el peligro de verse relegada como esposa favorita, y su ira contra la extranjera aumentó al confirmarse sus sospechas. De nada valieron sus intrigas ni sus pretensiones sino al contrario. Poco a poco Sherez-Mut fue conquistando el respeto y la estima de la Corte, antes recelosa, ocupando junto a su esposo el Salón del Trono.

Isotet, hermana del Sumo Sacerdote, *Athen*, recurrió al poder e influencia de éste en la Corte y ante el Faraón valiéndose de mil ardides. Su estirpe, varias veces emparentada con distintas dinastías reinantes en Egipto durante siglos, no podía soportar semejante humillación y padecer sin rebelarse que una extranjera de menor linaje le hubiese arrebatado su dignidad.

Si vio frustrados sus intentos frente al Faraón y la Corte, tuvo mayor éxito ante el Consejo Sacerdotal que presidía su hermano, como Sumo Sacerdote, obligándole a interceder en su favor para garantizar el Trono al pequeño *Utmossem*, el primogénito, frente a la descendencia que pudiese sobrevenir del tercer matrimonio. *Athen* prometió intervenir en favor de su sobrino, entregando a su hermana su anillo sacerdotal como símbolo de su cumplimiento. *Isotet* recogió la joya ofrecida por su hermano, observando a la diosa *Isis* grabada en altorrelieve en lapislázuli ricamente engar-

zado en oro macizo. Sus ojos negros se volvieron al Sumo Sacerdote mientras Colocaba el anillo en uno de sus dedos desnudos.

La religión tuvo un papel fundamental en los hechos que van a suceder. Entre las condiciones que se establecieron en el tercer matrimonio del Faraón figuraba la libre elección de dioses para Sherez-Mut. Ella mantenía el culto al mazdeísmo, donde se establecía la bipolaridad del Bien y del Mal.

CAPÍTULO PRIMERO

EGIPTO

«Yo, Faraón del Alto y Bajo Egipto, ordeno la construcción de un obelisco, en conmemoración del nacimiento de mi hija recién nacida, Sherez, Princesa de Egipto. El monumento habrá de instalarse en la entrada del templo de Kom Ombo, y deberá levantarse de forma que sea visible desde el Nilo. Así lo ordeno. Así debe cumplirse».

El escriba apuntó el mandato sorprendido, apresurándose a transmitirlo de inmediato. Ésta era la primera vez que el Faraón ordenaba la construcción de un monumento para honrar a alguno de sus hijos. Ni siquiera lo hizo al nacer su primer hijo varón, Utmosem. Arqueó una ceja. Sin duda esta orden era el resultado de la reunión entre el Faraón y los doctores y sacerdotes de la Corte, mientras su tercera esposa daba a luz tras largas horas de difícil parto. Ninguno de los doctores ni sacerdotes presentes en el momento en que el Faraón dictaba el edicto pareció sorprenderse. «Sin duda estaba acordado», pensó el escriba.

El Faraón salió de la estancia dirigiéndose al lugar donde se encontraban su esposa y la recién nacida. Alrededor de la madre, dos criadas se afanaban en disimular con maquillaje la fatiga de su rostro, preparando el tocado que habría de lucir para presentar a la Princesa al resto de la Familia Imperial y a la Corte. La madre soportaba pacientemente el quehacer dirigiendo una sonrisa a la robusta recién na-

cida que dormía plácidamente, bañada y perfumada, sobre su confortable lecho.

—Dejadnos solos —ordenó el Faraón a los sirvientes, retirándose éstos de inmediato.

El Faraón se acercó a su esposa tomando su mano. Juntos se aproximaron a contemplar a la pequeña.

—Temí por tu vida. No podía soportar la idea de vivir sin ti —el Faraón besó a su esposa en la frente acariciando su mano tiernamente y ella le correspondió sonriendo con tristeza.

—Es muy bonita. Siento no poder darte más hijos —le dijo.

—Lo sé. Ya me informaron —miró a su esposa—. Durante todo el parto los sacerdotes y yo rezábamos pidiendo a los dioses que salvaran tu vida y la de nuestro hijo.

El Faraón, sentado junto a Sherez-Mut, cerró los párpados. En su rostro podía leerse la angustia que había padecido en las quince horas del alumbramiento.

—Los médicos me informaban a cada momento y sé que ofreciste tu vida por la de tu hijo. Que no oyeron de ti una queja. Te admiran y respetan mucho. Como a su Reina —sonrió tomando sus manos—. Y es lo que vas a ser: la madre de la heredera del Trono de Egipto, nuestra hija —dijo levantándose—. Tú serás quien ocupe el lugar que te corresponde en la Corte como Reina consorte, madre de la futura Reina.

Sherez-Mut miraba a su marido perpleja. No podía comprender el significado de las palabras de su esposo. La fiebre comenzaba a nublar su vista. Antes de desmayarse escuchó en la lejanía la explicación del Faraón.

—Cuando los médicos me informaron que había muy pocas esperanzas para ti y para nuestro hijo, juré a los dioses, en presencia de éstos y los sacerdotes, que si tu vida se salvaba y tu hijo llegaba a nacer, sería el heredero o la heredera del Trono.

Sherez-Mut estuvo inconsciente cuatro días y sus noches. A menudo deliraba a consecuencia de la fiebre y en el sopor veía a Isotet amenazadora atentando contra ella y su hija y nadie venía en su ayuda. Gritaba.

En este tiempo, día y noche, el Faraón acompañó en todo momento a Sherez-Mut. En la mañana del quinto día abrió los ojos. Su esposo había ordenado habilitar la sala contigua atendiendo a pocos metros de su esposa los asuntos de gobierno. Informado por una criada, no tardó en llegar sentándose a su lado.

—¿Dónde está la niña? —preguntó angustiada mirándole, recordando sus pesadillas.

—No temas. He ordenado que la traigan. Los doctores me aconsejaron que no estuviese junto a ti hasta que la fiebre desapareciera. Escucha... —desde la estancia se oían los cantos de los sacerdotes agradeciendo a Osiris el restablecimiento de Sherez-Mut—. Todo Egipto ha acudido a sus templos para pedir tu curación.

—No merezco tanto —contestó—. Siempre has sido tan bueno conmigo... —besó a su esposo—. No deseo honores; no deseo el Trono de Egipto ni para mí ni para nuestra hija Tengo miedo. Sólo quiero seguir viviendo feliz como hasta ahora a tu lado —la Reina tomó las manos del Faraón. En sus ojos era perceptible un brillo de temor.

—Jamás nadie os hará el menor daño —le dijo el Faraón—. Ni los sacerdotes ni los médicos, testigos de mi promesa a los dioses, dirán una palabra hasta que en el momento oportuno dicte la disposición que hará de Sherez la heredera del Trono. En ese momento nada deberéis temer.

* * *

La fiebre había retirado la leche de Sherez-Mut y ello obligó a buscar una nodriza para la Princesa. La noticia llegó a la lujosa mansión del arquitecto imperial, que residía

en Edfu. Todos los arquitectos de la Corte estudiaban el mejor emplazamiento del obelisco que debían levantar según las instrucciones del edicto; los sacerdotes oficiaban los trámites del entierro del hijo recién nacido de una mujer sobre quien la desgracia parecía haberse cernido. Su nombre era **Hpsut**.

Su feliz familia, un año antes, vivía del cultivo que su diminuta propiedad proporcionaba. Esperaban su tercer hijo cuando un desdichado accidente segó la vida de su esposo e hijo mayor, ahogándose ambos en el Nilo.

Hpsut vendió su propiedad. Los ahorros del matrimonio no alcanzaban para satisfacer los gastos de las honras fúnebres que dedicó a su esposo e hijo mayor.

Acogida por sus familiares, regresó a Edfu, su ciudad natal, junto a su hijo Hmotet y el modesto patrimonio del que aún disponía, esperando a que naciera el hijo que esperaba.

La partera que atendió su alumbramiento se dirigió a ella, cuando hablaba con los embalsamadores.

—Mujer, seca tus lágrimas porque es posible que tu suerte haya cambiado —le dijo—. Emisarios de la Corte han hecho saber a todos los médicos y parteras que tengamos noticia de alguna mujer sana y fuerte que haya dado a luz una criatura y ésta haya fallecido, que se traslade a la Corte como nodriza de la recién nacida Princesa, cuya madre no puede amamantar. Están en Edfu cumpliendo un edicto imperial, y antes del amanecer deberán extender la petición por todo Egipto. Si aceptas, tu suerte y la de tu hijo Hmotet ya no será motivo de preocupación para ti.

—Pero debo esperar al entierro de mi hijo... —vaciló Hpsut.

—Mujer, toma ahora una decisión. ¿Acaso piensas que tu hijo va a ser ignorado por El Justo? Él te proporcionará todo cuanto pudieras soñar para su última morada.

Hpsut partió junto a Hmotet a palacio en esa misma mañana. Allí se trasladó de inmediato a las habitaciones de la

Princesa, a quien alimentó ante la mirada perpleja de su pequeño, deslumbrado por el lujo que les rodeaba.

Como le habían anunciado, su bebé fallecido contó con todos los honores, proclamando el Faraón el luto en tres provincias y una ceremonia fúnebre oficiada por el Consejo Sacerdotal. En Egipto corrió la voz de que el fallecido debía ser el hijo de un alto funcionario, al conocer las disposiciones reales.

* * *

Cuando Hpsut llegó a la estancia de Sherez-Mut llevado a la pequeña, el Faraón se levantó y recogió a la niña para aproximarla a su esposa. La Princesa gimoteó débilmente hasta acomodarse en el regazo de su madre volviendo a dormir apaciblemente.

Hmotet, que había acompañado a Hpsut asiéndola del faldón, se sentía algo celoso por las atenciones que ella dedicaba a la pequeña. A sus escasamente cumplidos tres años le resultaba difícil comprender la extraña situación que estaban viviendo. Estaba preparado para recibir un nuevo hermano, pero se sentía desconcertado por las numerosas personas que siempre estaban alrededor de ellos, dispuestas en todo momento a complacer cualquiera de sus necesidades. Hpsut cargó a su hijo en brazos contemplando la delicadeza con la que El Justo depositaba a Sherez con su madre, saliendo discretamente de la estancia.

—¡Espera! —dijo Sherez-Mut—. ¡Aproxímate! Hpsut dio la vuelta, acercándose al lecho interrogante.

—Gracias por tus cuidados. Toma, pónitelo —la Reina se desprendió de una sortija que lucía en su dedo meñique—. Era de mi madre y siempre fue conmigo, pero hoy creo que tú mereces llevarla con más motivo que yo.

El tiempo pasó rápidamente. Hmotet había cumplido ya cinco años y muy pronto la pequeña Sherez dejaría de ne-

cesitar a Hpsut para alimentarse.

El Faraón y su esposa acordaron recompensar a Hpsut otorgándole una mansión próxima al palacio, servidumbre y una renta vitalicia que le permitiera una existencia desahogada, pensando que éste sería su deseo cuando ya no fuesen necesarios sus servicios.

En cuanto a Hmotet, su hijo, El Justo había ordenado fuese admitido por el Consejo Sacerdotal para que comenzase su ingreso iniciático como futuro sacerdote del Templo de Osiris, tan pronto cumplierse los ocho años. Athen, el Sumo Sacerdote, fue directamente designado para tutelar el conocimiento del futuro iniciado.

Esta disposición causó asombro dentro del Consejo. Especialmente por la designación del Sumo Sacerdote como tutor directo y responsable del pupilo. Cuando esto sucedía, el futuro sacerdote tenía notables posibilidades de acceder al Consejo y convertirse en Sumo Sacerdote si era elegido en el futuro. Esta dignidad se reservaba estrictamente a los sacerdotes emparentados con linajes de reyes y príncipes egipcios, a la que ni siquiera los hijos de los más ricos hacendados podían acceder. Sin embargo, la supremacía del poder del Faraón podía suprimir ésta y otras barreras, acatando su mandato sin rechistar.

Hmotet desde el principio fue educado, criado y servido como si se tratase de otro de los Príncipes de Egipto, hijos del Faraón.

Con ellos compartía los juegos, aunque siempre intentaba permanecer junto a la que creía su hermana, la princesa Sherez. Sólo Utmosem, rodeado de tutores e instructores, permanecía alejado del grupo de sus hermanos, todos menores.

Utmosem crecía sin comprender el odio de su madre a Sherez-Mut, y aceptaba sin rebeldía verse privado de jugar junto a sus hermanos preparándose, como repetía su madre una y otra vez, para sus futuros deberes como Faraón. Él no sentía odio por la madre de su hermana Sherez. Era